

**Benito Juárez**

***Documentos,  
Discursos y Correspondencia***

**Tomo 13, capítulo CCLXXVI**

Selección y notas de  
**Jorge L. Tamayo**

Edición digital coordinada por  
**Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva**

Tomo revisado y anotado por  
**Jaime Olveda**

Versión electrónica para su consulta  
**Aurelio López López**



**Año 2006**

# **Tomo 13, capítulo CCLXXVI**

**Anotado y revisado por  
Jaime Olveda  
(El Colegio de Jalisco)**

## **Capítulo CCLXXVI**

**Actitud frente al clero; situación de las  
relaciones exteriores**

**Julio y agosto de 1868**

## **CAPÍTULO CCLXXVI**

### **ACTITUD FRENTE AL CLERO; SITUACIÓN DE LAS RELACIONES EXTERIORES**

**Julio y agosto de 1868**

Al triunfo de la República, la normalización de la vida nacional puso nuevamente a la vista el problema de las relaciones entre la Iglesia católica y el Estado.

Como la totalidad de las jerarquías eclesiásticas habían tomado partido por la Intervención y el Imperio, la mayoría de los dignatarios se encontraban en el extranjero y transcurrieron muchos años para que pensarán volver al país.

Fue una excepción que el obispo de San Luis Potosí, Pedro Barajas, permaneciera en la ciudad de México, por su avanzada edad y sus achaques. Solicitó, el 21 de junio de 1868, autorización para volver a su sede, comprometiéndose, según el texto de su petición, a "obedecer y respetar las autoridades constitucionales y de no perturbar el orden público".

El secretario de Gobernación, Ignacio Vallarta, examinó, junto con el Presidente Juárez, la solicitud; acordaron dar su conformidad, comunicando el 3 de julio dicha resolución al interesado.

Informado de ello oficialmente, el gobernador de San Luis Potosí se dirige al Sr. Barajas el 11 del mismo mes, en documento bajo su firma y la del secretario Francisco Macías Valdez, repitiéndole la comunicación del secretario de Gobernación, pero haciendo especial hincapié en el compromiso adquirido de obedecer y respetar a las autoridades y a las leyes; destaca además que el gobierno está obligado a castigar a quienes las infringen, "cualquiera que sea la posición social en que se encuentre el culpable; y esto por ser una de sus obligaciones el

mantener y conservar la paz pública y no por predisposición a clases o personas determinadas".

Se inicia el capítulo con este importante documento, porque nos parece que precisa la actitud del régimen frente a los dignatarios de la Iglesia. Son ciudadanos comunes y corrientes que si respetan las leyes no tienen por qué ser molestados; si las infringen, deberán ser castigados.

No obstante el triunfo de la República y la presencia en el poder del partido liberal, el clero, contumaz, no sólo actuaba para "eludir los preceptos de las Leyes de Reforma, sino para concitar contra ellas el odio popular".

El descontento era creciente por ese proceder y se manifestaba en las frecuentes quejas que Juárez recibía de diversas autoridades. A la vez, algunas de ellas, particularmente locales, dictaron algunas disposiciones tratando de reprimir la actitud hostil del clero, especialmente en contra del Registro Civil, que llegó a los extremos siguientes: "Se excomulga en unas partes a los que obedecen la ley y registran sus actos civiles; se niega el matrimonio canónico al que ha celebrado el civil en otras; se predica en algunas contra la ley y en todas se procura que el Registro Civil no sea la institución que la Reforma quiso plantear".

Examinada la situación por Juárez y Vallarta, llegan a interesantes conclusiones que da a conocer este último en la circular de 20 de julio y que envió a los gobernadores de los estados.

Se plantea en ella, en relación al Registro Civil, un problema que todavía es vigente. Partiendo del principio de "que existe una perfecta independencia entre los negocios del Estado y de la Iglesia", el gobierno está impedido de intervenir en los asuntos eclesiásticos, por lo que no está de acuerdo en que se sancione a los clérigos que administrarán "los sacramentos del bautismo o del matrimonio, sin que antes se le acredite debidamente que los actos civiles respectivos estaban en forma registrados;..."

Recuerda que desde el 15 de agosto de 1862 se precisó que "pedir a los interesados la prueba del Registro Civil, del nacimiento o del matrimonio, para que los sacramentos respectivos pudieran celebrarse

canónicamente, era contrariar el espíritu de las Leyes de Reforma, manteniendo una anómala dependencia entre el Estado y la Iglesia".

No está de acuerdo en que se coaccione al clero pero tampoco "que conspire contra el orden público, que predique contra la observancia de la ley, que haga del desprecio de ésta una virtud", por lo que, "sin pisar siquiera el umbral de los templos, cree de su absoluta competencia ordenar que esos delitos no queden sin castigo, porque en ello no se trata de actos meramente religiosos, sino de delitos que afectan al orden público y que caen bajo el dominio de la autoridad civil".

Cuán útil sería la difusión de esta circular en nuestros días; marca un criterio que nos parece aún valedero, pues hemos podido constatar cómo grandes núcleos de la población, por temporadas, se alejan del Registro Civil.

En 1929, el Presidente Emilio Portes Gil, en sus conversaciones con los dignatarios de la Iglesia Católica para dar fin al llamado "conflicto religioso", tuvo el acierto de pedirles su cooperación para que de *motu proprio* instruyeran a los sacerdotes, que de ellos dependan, a que se abstengan de bautizar o celebrar matrimonios a quienes no concurren previamente ante el Registro Civil. Lamentablemente este compromiso no se ha cumplido plenamente en nuestros días, y nuevamente numerosas personas no ocurren al Registro Civil.

Respecto a usar el púlpito para predicar contra la legislación vigente, por temporadas ha vuelto a caerse en ese abuso, así como a usar la coacción religiosa contra la Reforma Agraria, el libro de texto único, la reglamentación de la educación, etc. Qué útil sería, repetimos, difundir esta circular y que sirviera de fuente de inspiración para actualizar nuestra legislación precisando en la "perfecta independencia entre los negocios del Estado y de la Iglesia", conquistada con tanta sangre y sacrificios del pueblo mexicano.

Indudablemente debe haber sido bastante difícil al clero, y al público en general, colocarse en la nueva situación creada por la separación de la Iglesia y del Estado; por parte del gobierno fue necesario

hacer acopio de paciencia y de energía, para señalar el nuevo sendero.

A fines del mes de junio de 1868, el Papa Pío IX, en solemne consistorio, designó seis obispos para cubrir otras tantas sedes vacantes en México por fallecimiento de sus titulares. Inmediatamente circuló en Europa la noticia de que esto era consecuencia de que el Presidente Juárez había escrito una carta al Pontífice, en relación con los negocios religiosos en México.

La versión fue ampliamente comentada en Europa y finalmente desmentida por funcionarios conectados con el Vaticano.

Como este incidente ha sido explotado por algunos escritores mexicanos o extranjeros, dándolo por cierto, sin tomarse la molestia de averiguar su autenticidad, quizá sea útil reproducir opiniones publicadas en algunos periódicos en Europa con relación a este suceso.

El corresponsal en París del *Gironda* de Burdeos escribió a principios de julio lo siguiente:

Razón tenía yo de poner en duda la pretendida carta que Juárez había dirigido al Papa relativa a los negocios religiosos de México. Encuentro hoy, en efecto, la explicación de esta noticia en los informes particulares que recibo de Roma y que desmienten el envío de una carta del Presidente de la República de México. Todo se reduce a una respuesta dada por Juárez a un obispo mexicano, que le hizo algunas interpelaciones. Lo único que da a entender el Presidente es que no se opondría a que los obispos que han fallecido fuesen remplazados por la Corte de Roma."<sup>1</sup>

Hemos buscado cuidadosamente en el Archivo de Juárez, y en los demás consultados para la preparación de esta obra, y no hemos podido encontrar vestigios de la mencionada carta de Juárez a un obispo mexicano residente en Europa. La respuesta que se le atribuye es

---

<sup>1</sup> Reproducido en *El Siglo Diez y Nueve*, en "Correspondencia particular del Siglo XIX". México, 15 de agosto de 1868, p. 3.

verosímil, y corresponde a las opiniones expresadas por Juárez y Vallarta en la circular de 20 de junio antes mencionada; también Francisco Zarco, en el editorial que se reproduce en este capítulo, da por aceptada esta versión.

Bien sabido es que Francisco Zarco, tanto por su profesión de periodista, como por sus relaciones personales con Juárez, tenía sobradas oportunidades para estar bien informado. No hace declaración expresa sobre el punto, pero recalca que la versión era verosímil y la comenta, señalando que el criterio expresado correspondía al progreso alcanzado en México con sus Leyes de Reforma; gracias a ellas "ha llegado a la única solución satisfactoria que consiste en la emancipación del Estado de todo yugo teocrático, y en la libertad de la religión de toda influencia y de todo poder secular".

Un periódico parisino, el *Avenir National*, informó a sus lectores lo siguiente:

Varios diarios se muestran algo asombrados de que Pío IX acabe de conceder a Juárez, Presidente de la República Mexicana, lo que había rehusado obstinadamente al hermano del Emperador de Austria, al Emperador Maximiliano: la investidura de seis obispos.

Este asombro prueba quizá que no se hallan al corriente de las prácticas de la Corte de Roma. Ésta avanza siempre contra el adversario que retrocede, y retrocede delante del adversario que avanza. Es un candor muy grande y muy especioso el de considerarla como una potencia vaciada en bronce, que se escuda eternamente con máximas inmutables e inflexibles, y que prefiere ser quebrantada antes que modificarse. Por el contrario, es una potencia esencialmente diplomática, muy hábil en calcular las ocasiones, que se presenta como indomable cuando tiene que tratar con débiles, pero que cede cuando tiene que habérselas con los fuertes, con una prontitud maravillosa. Su grande arte es el de aparecer inflexible y no serlo. La misma lengua latina que ella emplea aumenta la ilusión que quiere producir. Diariamente



vemos en los tratos más vulgares a las partes contendientes decirse: «No puedo daros ese precio; no puedo haceros esa concesión», Roma dice lo mismo, pero en latín: *non possumus* y esto tiene aire de una solemnidad portentosa. Pero cuando un Gobierno firmemente opuesto a la teocracia romana es sincero en su oposición, el *non possumus* se desvanece al instante y no hay cancillería más acomodaticia, que la del Vaticano, para los que están bien resueltos a no cederle en nada.

La segunda verdad, que la complacencia de Juárez saca a luz, es que el Gobierno republicano es el que sin violencia, por su sola autoridad moral, es el más capaz de obtener razón de las pretensiones romanas. En el fondo, la causa de la monarquía pontifical está ligada a todas las otras monarquías. Éstas lo conocen instintivamente, y, aun cuando se encontraren en conflicto con el Papa, ellas lo manejan porque su interés fundamental consiste en no conmover demasiado el principio de autoridad. La Corte de Roma, a su vez, comprende bien que los reyes tienen al fin que transigir con ella, y explota en provecho suyo la situación en que ellos están colocados. Si Juárez no hubiese sido el jefe de un gobierno republicano, no habría obtenido nada."<sup>2</sup>

Indudablemente tenía razón el diario parisino en sus sesudos comentarios, en cuanto a la autoridad moral del gobierno de Juárez, siempre sobre la base de que fue un resultado indirecto, pues nada había pedido, sólo expresó una opinión.

Otro diario de la capital francesa, la *Opinion National*, comentó en forma sarcástica el suceso del que reproducimos el párrafo más destacado:

Decididamente parece que el Papa ha concedido a Juárez lo que

---

<sup>2</sup> Reproducido en *El Siglo Diez y Nueve*, en "Correspondencia particular del Siglo XIX". México, 15 de agosto de 1868, p. 3.

negó constantemente a Maximiliano, la investidura de seis obispos. ¿Qué piensan de esto los que han presentado la expedición mexicana como una cruzada católica, apostólica y romana? ¿Qué opinan los autores de esta dolorosa aventura y sobre todo la infortunada princesa Carlota, que había dedicado toda su vida y toda su alma a la defensa de la Santa Sede contra los impíos mexicanos?<sup>3</sup>

La *Crónica Religiosa*, publicación editada en Tolosa, tratando de explicar lo ocurrido, reproduce una carta que recibió de Roma el 25 de julio, cuyo párrafo fundamental es el siguiente:

Quizá se habrá sentido algún asombro leyendo los actos del último Consistorio, de que Pío IX preconizase seis obispos mexicanos. El Santo Padre no se decidió a ello ligeramente. Había recibido de don Benito Juárez, Presidente de la República de México, una carta concebida en términos respetuosos, dándole seguridad de que los prelados nombrados a las sillas vacantes no serían molestados por el poder civil.<sup>4</sup>

Aunque no es rigurosamente correcta la afirmación de este periódico, corresponde a la versión aceptada en el sentido de que Juárez había contestado la consulta del obispo y, a la vista de ello, el Papa había proveído a las vacantes de obispos en México.

Europa seguía dando cabida a audaces personajes que llegaban de México, presentándose como víctimas. Tal fue el caso de José Isaac Antonio Chavarría de la Orden franciscana, que tuvo el descaro de presentarse en Francia, ostentándose como antiguo "Limosnero" del Emperador Maximiliano.

Lamentablemente varios periódicos de la capital francesa y aun de

---

<sup>3</sup> Reproducido en *El Siglo Diez y Nueve*, en "Correspondencia particular del Siglo XIX". México, 15 de agosto de 1868, p. 3.

<sup>4</sup> Reproducido en *El Siglo Diez y Nueve*, en "Correspondencia particular del Siglo XIX". México, 15 de agosto de 1868, p. 3.

provincia, dieron cabida a sus absurdos y disparatados relatos.

En la *Crónica Religiosa*, de Tolosa, apareció el 10 de julio una carta firmada por dos cándidos alumnos del Colegio de San José, A. Carcuac y A. Monar, establecimiento dirigido por los hermanos de las escuelas cristianas. Hemos creído conveniente reproducir esta carta, porque es un buen resumen de las audaces afirmaciones que Chavarría estuvo difundiendo por Europa. Decía haber sido el confesor de Maximiliano en sus últimos momentos, haberlo acompañado en el fusilamiento, dando una versión adulterada de lo ocurrido en esa ocasión, pues afirmaba que había podido retirarle a Maximiliano el crucifijo que tuvo entre sus manos al morir y que mostraba, en Europa, todavía con huellas de la sangre del ajusticiado.

Según Chavarría, Juárez lo puso en prisión; al cabo de ocho meses "los remordimientos y el arrepentimiento penetraron en el corazón del feroz enemigo de Maximiliano", por lo que ordenó su libertad.

Llegó Chavarría, en su atrevimiento, a afirmar que el 17 de abril de 1868 se había entrevistado con Juárez, logrando el perdón de los obispos desterrados. Pero su audacia no tuvo límite, cuando afirmó que pocos días después Juárez "vino a postrarse a mis pies y me confesó todas sus culpas"; le encargó, además, que se trasladara a Roma para que "fuese en nombre suyo a pedir perdón de sus pecados al Papa".

El lector recordará todos los acontecimientos en torno de la muerte de Maximiliano, conoce las cartas que escribió en sus últimos momentos, de suerte que puede calificar desde luego de falsas las afirmaciones de Chavarría, cuando habla de ser portador de cartas de Maximiliano a su hermano Francisco José y a su primo el Rey de Nápoles.

Vale la pena reproducir, como comentario a esta carta de los cándidos estudiantes de Tolosa, la comunicación que un vecino de esa ciudad envió al corresponsal de *El Siglo diez y nueve* en París, a principios de julio y que este periódico reprodujo, un mes más tarde, en la ciudad de México:

Ha llegado aquí un fraile mexicano que llama mucho la atención por la rareza de su vestido monacal, su cerquillo y la grosera

cuerda que ciñe su cintura. Se da por confesor de Maximiliano y cuenta mil embustes a que dan crédito las cándidas gentes caritativas, con lo cual logra llenar la panza. Los carmelitas se lo llevaron a su convento, y antes de partir de esta ciudad, recibió auxilios pecuniarios de las personas que habían escuchado lo que quiso referirles. También recibió dos o tres canastos con botellas de los mejores vinos. Buena mina ha descubierto este fraile, con todo lo que ha inventado, y es probable que continúe explotándola durante su correría por Europa.<sup>5</sup>

Francisco Zarco consideró necesario hacer un análisis de todas estas absurdas versiones y publicó, en el notable periódico que dirigía, un editorial con el título de "Los nuevos obispos", en que examina las versiones en torno de la designación de los prelados mexicanos por el Papa Pío IX, y además dedicó algunas líneas para enjuiciar al sacerdote Chavarría. El lector podrá disfrutar de la prosa ágil y elegante de Zarco y a la par encontrará, expresada en forma precisa, la posición del gobierno de Juárez desbrozando el camino para consolidar, en la práctica, la independencia entre la Iglesia y el Estado.

Otro tema más de examen, para la opinión pública de mediados de 1868, era el relativo al práctico aislamiento en que se encontraba el gobierno republicano, al no tener relaciones diplomáticas con ningún país europeo y sólo en forma permanente con el gobierno de los Estados Unidos.

Nuevamente recurriremos a Francisco Zarco, quien en magnífico editorial de mediados de agosto, con que termina este capítulo, examina los antecedentes y la situación de ese momento, llegando a la conclusión siguiente:

Ningún daño, pues, ha causado a nadie la interrupción de las relaciones diplomáticas entre México y las potencias europeas, y

---

<sup>5</sup> Reproducido en *El Siglo Diez y Nueve*, en "Correspondencia particular del Siglo XIX". México, 15 de agosto de 1868, p. 3.

los hechos han venido a demostrar que esas relaciones no son indispensables ni para el desarrollo del comercio, ni para el cambio de ideas entre los pueblos, ni para los intereses de los extranjeros que residen en México, y que a toda hora pueden acudir, lo mismo que los mexicanos, a los tribunales y a las demás autoridades.

Llama la atención sobre el hecho de que no se ha necesitado la presencia de Legaciones, para que el gobierno mexicano esté en buenos tratos con los acreedores de la deuda extranjera.

Graciosamente señala Zarco que eso no quiere decir "que México sea un país de ideas chinas o japonesas, que profese odios a los extranjeros, que quiera aislarse para entregarse a su propia suerte y segregarse de todo contacto con los pueblos civilizados".

Hace ver que la situación por la que se está atravesando, y que no buscó México, ha permitido demostrar que no es necesario el reconocimiento de las grandes potencias para que pueda existir un Estado autónomo e independiente.

Subraya también "que México está en su derecho para dar por rotos los tratados con las potencias que reconocieron a Maximiliano, es punto incontestable, puesto que esas potencias, tratando con un usurpador, fueron las que faltaron a todos sus compromisos con la Nación mexicana".

Frente a los rumores de que el gobierno de Italia y el de Alemania tratan de establecer relaciones con México, y sobre todo de los comentarios que se han hecho sobre las ventajas de una alianza con esos países, se rebela contra una versión circulante y afirma que le parece "la más extraña y peregrina de las ilusiones, la idea de ir en pos de alianzas europeas para precavernos de peligros más o menos remotos del lado de los Estados Unidos".

Finalmente concluye este importante editorial señalando que Lord Stanley, ministro de Relaciones de la Gran Bretaña, con gran condescendencia, declaró ante el Parlamento de su Patria que esta potencia está anuente en reanudar las relaciones diplomáticas con

México, pero es preciso que la República tome la iniciativa. Zarco comenta en forma precisa y oportuna: "Sea enhorabuena: Mucho debemos abstenernos de dar semejante paso".

Respecto al gobierno francés de Napoleón el Pequeño, también hace un irónico comentario, al referirse al pago que hizo de un corto porcentaje de los Bonos Jecker: "Celebremos esta vez que la Francia sea bastante rica para pagar sus glorias. . . las glorias de la Intervención y del negocio Jecker."

AL OBISPO BARAJAS SE LE AUTORIZA VOLVER  
A SAN LUIS POTOSÍ

Sr. Dr. don Pedro Barajas:

Con fecha 3 del presente me participa el ciudadano ministro de Gobernación lo que sigue:

"Hoy digo al Sr. don Pedro Barajas lo que sigue:

«En vista de la manifestación del día 21 de junio próximo pasado, en que solicita usted se le permita volver a la ciudad de San Luis Potosí, y de la carta que con el mismo fin dirige usted al ciudadano gobernador de dicho estado, el ciudadano Presidente de la República ha tenido a bien acordar, en atención a lo que expone en los expresados documentos, que se permita a usted volver a la ciudad de San Luis Potosí, bajo la protesta que hace de obedecer y respetar las autoridades constitucionales y de no perturbar el orden público».

Lo que transcribo a usted para su inteligencia y fines consiguientes."

Y lo comunico a usted para que pueda venir a esta ciudad, aprovechando la magnanimidad del Supremo Gobierno de la nación, que en vez de sujetar a un juicio a usted y a otros obispos para que respondieran de su conducta, por la parte activa que tomaron en favor de la Intervención extranjera y el llamado Imperio, les concede que vuelvan a sus diócesis, poniéndoles por única condición que cumplan con el deber que todo ciudadano tiene de obedecer y respetar las autoridades constituidas y de no perturbar el orden público.

No dudo que usted cumplirá religiosamente su protesta, y por lo mismo debe estar seguro que este gobierno no molestará al que obedezca y respete a las autoridades y a las leyes; si éstas se infringen, el gobierno tiene que procurar que se castigue al infractor, cualesquiera que sea la posición social en que se encuentre el culpable; y esto por ser una de sus obligaciones el mantener y conservar la paz pública y no por predisposición a clases o personas determinadas.

Libertad y Reforma. San Luis Potosí, julio 11 de 1868.

*Juan Bustamante*

*Francisco Maclas Valdez*



## LOS NUEVOS OBISPOS

(19 de agosto de 1868)

En el último consistorio celebrado en Roma, el Papa preconizó a varios sacerdotes como obispos de las diócesis que estaban vacantes en la República Mexicana. Este hecho se ha anunciado por casi todos los periódicos de este país sin ningún comentario y como simple noticia, que puede ser de algún interés para una parte del público. Pero en Europa y en los Estados Unidos la cosa ha sido de otro modo. La preconización de los obispos mexicanos ha dado motivos a sendos embustes y a graves y sesudos comentarios de escritores europeos y americanos, que todo se lo saben, y que una vez más han querido poner en relieve los profundos conocimientos que poseen acerca de México.

La prensa extranjera ha desbarrado de una manera que parecería increíble si no la estuviéramos mirando a pesar de lo acostumbrado que estamos a sus falsas e inexactas apreciaciones.

Comenzóse por decir que el Presidente Juárez había escrito una carta autógrafa a Pío IX, pidiéndole reanudar las relaciones diplomáticas entre la República y la Santa Sede, prometiéndole libertad para la Iglesia católica en México, y ofreciéndole admitir a los obispos que nombrara. La noticia de la existencia de esta carta se repitió en toda Europa, y sólo la puso en duda la *Gironde* de Burdeos, diario que dijo que no había tal carta al Papa, sino que el Presidente había contestado a un obispo que no se opondría a que las sillas vacantes fueran provistas por la Corte de Roma. La diferencia entre estas dos versiones es inmensa. La primera es de todo punto imposible. La segunda es muy verosímil. Nada extraño tiene que el Presidente haya contestado a un obispo, cuyas dudas podían nacer de miedo o de ignorancia, que el gobierno de la República nada, absolutamente nada tiene que ver en la provisión de los obispados, ni en ningún asunto de carácter religioso. Si existe esta respuesta a un obispo,

en ella deben ver los diarios europeos una prueba de los adelantos de México, que ha sabido dar una solución tan completa como perfecta a cuestiones que son todavía un germen inagotable de dificultades para los gobiernos de muchos países católicos. Esta solución es la libertad y a ella no quieren llegar ni los ultramontanos que pretenden que el Estado se subalterne a la Iglesia y sea su dócil pupilo, ni los regalistas que quieren subyugar a la Iglesia y aun valerse de ella para gobernar. México con sus Leyes de Reforma ha llegado a la única solución satisfactoria, que consiste en la emancipación del Estado de todo yugo teocrático, y en la libertad de la religión de toda influencia y de todo poder secular.

El gobierno de México, que no ha dado un solo paso para restablecer sus relaciones diplomáticas con las potencias europeas que reconocieron a Maximiliano, mucho menos lo podía dar tratándose del rey de Roma, sostenido por bayonetas extranjeras. (La ruptura diplomática con la Corte pontificia tuvo lugar en una época anterior a la Intervención, y fue cuando el Nuncio Clementi salió expulso en calidad de extranjero pernicioso, por haberse aliado con el partido reaccionario y convirtiéndose en conspirador contra las instituciones de la República. Desde entonces el gobierno mexicano notificó al cardenal Antonelli que los súbditos romanos en México quedaban protegidos y amparados sólo por las leyes del país.

Nadie ignora la activa parte que tomó el gobierno de Roma en la creación del llamado Imperio mexicano. Las bendiciones del Sumo Pontífice y sus consejos alentaron a Maximiliano a venir en pos de su funesta corona; sus desdenes en la hora del infortunio remataron la demencia de la infeliz Carlota, y en aquellos días el cardenal secretario de Estado declaraba, en una conferencia con el ministro de los Estados Unidos, que el Papa en nada se había mezclado en los negocios de México, y que había bendecido en Maximiliano al simple católico y no al soberano.

Nunca necesitará México entrar en relaciones diplomáticas con el gobierno romano. En cuanto a las relaciones espirituales, entre los católicos mexicanos y el Papa, como jefe de la Iglesia, estas relaciones son enteramente libres y en ellas para nada tiene que intervenir el

gobierno.

El Papa puede, pues, nombrar obispos para las sedes vacantes, y crear nuevas diócesis; los obispos pueden estar en relaciones directas con Roma y los católicos pueden recibir, aceptar y obedecer las bulas, los breves y las declaraciones dogmáticas que expida el Sumo Pontífice. La religión es enteramente libre, y siendo cosa meramente espiritual, está fuera del alcance de toda ley y de toda autoridad en un país que ha proclamado y establecido la completa separación entre la Iglesia y el Estado.

Los periódicos clericales que han creído que se trataba de investiduras y de concesiones a Juárez, que fueron negadas a Maximiliano, pueden tranquilizarse y comprender que el mismo Papa se aprovecha de la libertad religiosa establecida en México. Cuando se instruyan de cómo es posible preconizar obispos sin investiduras y sin la intervención del gobierno civil, dejarán acaso de hablar de México como de un país pagano e idólatra que hace cruda guerra a la religión católica.

Los periódicos liberales desbarraron también creyendo que el gobierno del Presidente Juárez había gastado su tiempo en solicitar y obtener del Papa el derecho de presentar obispos y de ejercer en la Iglesia católica el patronato que con mal éxito pretendió Maximiliano. Los periódicos a que aludimos ignoran que en México es una verdad práctica lo que ellos predicán como avanzada y atrevida teoría, a saber: "la Iglesia libre en el Estado libre".

Entre los comentarios más curiosos a que ha dado lugar la preconización de los obispos, son interesantes los publicados en los Estados Unidos. En el *Herald* de Nueva York un presbiteriano, que a lo que parece tiene poco de tolerante, desfoga sus iras contra el Presidente de México y dice que la República que se ha prostituido en brazos del gobierno romano, no merece la simpatía de un pueblo tan liberal y tan ilustrado como el norteamericano. Apreciaciones de la misma naturaleza han hecho otros varios diarios de Nueva York y de algunas ciudades importantes. Es más fácil declamar a injuriar sin conocimiento de causa, que averiguar la verdad de los hechos para juzgarlos a la luz de la razón. Los diarios americanos podían haber ahorrado todos sus insultos y el

celoso presbiteriano sus evangélicas iras, con sólo tener en cuenta que el Papa nombra hoy obispos para México del mismo modo que los nombra para los Estados Unidos, sin que ni en una ni en otra República haya nada de prostitución ni de saltos hacia atrás.

Cuando en las regiones de la prensa extranjera tienen cabida semejantes dislates, no hay que admirarse de que el vulgo haya acogido con muestras de favor y de curiosidad al audaz impostor que se dice confesor de Maximiliano y de Juárez, y que pretende hacer creer que el Presidente, arrepentido de sus iniquidades, lo envía a Roma a solicitar la absolución del Pontífice. El aventurero que tiene el talento de saber explotar la credulidad del vulgo europeo, es agasajado por las gentes crédulas, aprovecha la hospitalidad de los conventos, y encuentra frailes que lo ensalcen y casi lo canonizan por medio de cartas que envían a los periódicos. Y esto pasa en pleno siglo XIX cuando hay cada diez días vapores entre Europa y América, y cuando funciona el telégrafo por el cable trasatlántico. Está visto que en Europa también hay gentes para quienes son nulas todas estas grandes mejoras.

Las aventuras del reverendo padre Chavarría parecen de la época del falso Nuncio de Portugal. Al paso que va, y contando con la ignorancia que reina en Europa acerca de México, puede atreverse a presentarse en Roma como enviado extraordinario del Presidente Juárez, recibir en su nombre la absolución a costa de algunos azotes como en la Edad Media, y firmar un concordato o arreglar un *modus vivendi* que ponga término a las angustias de la Iglesia mexicana. Todo esto cabe en lo posible, según lo que está pasando. Si el impostor tuviera buen éxito, vendrían luego magníficos comentarios de la prensa de ambos mundos, y pondría el grito en el cielo el presbiteriano de Nueva York. Por ahora hemos creído oportuno hacer rectificaciones que demuestran que México está más adelantado que otros países en la cuestión religiosa.

*Francisco Zarco*

## EL CLERO HOSTIL AL REGISTRO CIVIL

Ciudadano gobernador del estado de...

Las repetidas quejas que el ciudadano Presidente de la República está recibiendo diariamente de las autoridades de los estados de la federación, sobre los medios reprobados de que el clero sigue usando, no sólo para eludir los preceptos de las Leyes de la Reforma, sino para concitar contra ellas el odio popular, lo han determinado a considerar, con la debida atención, este asunto de importancia vital para la República y dictar las medidas que ha creído más convenientes, no sólo para asegurar el respeto que a la ley deben todos los habitantes de México, sino también para cuidar con empeño de los intereses de la Reforma, que tanta sangre ha costado al país, y de la que tanto bien espera el porvenir de la República.

Desde que la ley de 12 de julio de 1859 declaró que existe una perfecta independencia entre los negocios del Estado y los de la Iglesia, el gobierno ha cuidado de no intervenir en manera alguna en los asuntos puramente eclesiásticos, garantizando al clero la más amplia libertad en el ejercicio de sus funciones espirituales. Diversas leyes y circulares posteriores han consignado aquel precepto, y en todas se ha procurado quitar a la autoridad civil la injerencia que ejercía en los asuntos eclesiásticos conforme a las antiguas leyes.

Cuando apenas comenzaba a plantearse en medio de la guerra civil más cruda la Reforma en el país, los gobiernos de algunos estados creyeron que sería del todo imposible establecer el Registro Civil entre nosotros, si no se sancionaba el incumplimiento de las leyes relativas con penas más o menos severas, contra los clérigos que se oponían a su cumplimiento, hasta abusando sacrílegamente de su ministerio. Se exigió por esto que ningún clérigo administrase los sacramentos del bautismo o del matrimonio, sin que antes se le acreditase debidamente que los actos

civiles respectivos estaban en forma registrados; se castigó con diversas penas a los curas y aun a los interesados que fuesen a los templos antes que a los juzgados del estado civil y se dictaron, en fin, otras disposiciones, inspiradas todas por el deseo de obligar eficazmente al clero a la obediencia de la ley.

Cuando él no desistía aun de su criminal empeño de ahogar en sangre los principios que la Reforma conquistó; cuando para defender esos principios era preciso hasta apelar a una severidad extraordinaria, los gobiernos de aquellos estados hicieron bien, sancionando la ley con aquellas penas. Se trataba entonces de que la Reforma se planteara, y necesario era castigar a sus enemigos, que con todas sus fuerzas la combatían. El gobierno de la República, que comprendió las causas que la conducta de esos gobiernos determinaban, se abstuvo de censurarla, encontrándola patriótica y conveniente en esas circunstancias.

Pero apenas éstas pasaron, cuando el mismo gobierno exigió que la independencia entre el Estado y la Iglesia fuera un hecho. Lo que la guerra legitimaba, lo que el difícil estado social durante el año de 1860 hacía necesario, ya no podía aceptarse como lícito después que la paz y la necesidad de reconocer las consecuencias de los principios de Reforma, obligaron al gobierno a exigir el pleno cumplimiento de la ley.

La circular de 15 de agosto de 1862 tuvo ese objeto. Consideró ella que pedir a los interesados la prueba del Registro Civil del nacimiento o del matrimonio para que los sacramentos respectivos pudiesen celebrarse canónicamente, era contrariar el espíritu de las Leyes de Reforma, manteniendo una anómala dependencia entre el Estado y la Iglesia. El gobierno cree que la ley civil no puede, no debe exigir requisito alguno para la celebración de los actos puramente religiosos, que la autoridad no debe imponer condiciones a los ministros de los cultos para el ejercicio de sus funciones eclesiásticas; porque hacerlo, a tanto equivaldría como a ejercer intervención de los asuntos religiosos, o a legislar sobre materias eclesiásticas o romper la independencia que el Estado y la Iglesia debe tener, según nuestras leyes.

Inspirado por tales razones, el gobierno ha estado exigiendo el cumplimiento de aquella circular repetidas veces.

Pero como el clero está aún mal avenido con la Reforma y no cesa de hostilizarla por cuantos medios encuentra; fecundo en recursos, ha abusado de la libertad que la ley le deja en el ejercicio de su ministerio, y en muchas partes de la República, ese abuso se ha llevado ya hasta el escándalo. Se excomulga en unas partes a los que obedecen la ley y registran sus actos civiles; se niega el matrimonio canónico al que ha celebrado el civil en otras; se predica en algunas contra la ley y en todas se procura que el Registro Civil no sea la institución que la Reforma quiso plantear. La independencia de la Iglesia, que deja a los ministros de los cultos la libertad de arreglar, según sus creencias, sus actos religiosos, no permite, de seguro, a ninguno de ellos, que conspire contra el orden público, que predique contra la observancia de la ley, que haga del desprecio de ésta una virtud. El gobierno reputa a cada uno de esos actos del clero un delito más o menos grave en el orden civil, y sin pisar siquiera el umbral de los templos, cree de su absoluta competencia ordenar que esos delitos no queden sin castigo, porque en ello no se trata de actos meramente religiosos, sino de delitos que afectan el orden público y que caen bajo el dominio de la autoridad civil.

Nuestra legislación vigente así lo tiene por otra parte definido. El artículo 23, de la ley de 12 de julio de 1859, castiga con la expulsión de la República o con las penas de los conspiradores "a los que directa o indirectamente se opongan o enerven el cumplimiento de esa ley". El artículo 23, de la ley de 4 de diciembre de 1860, castiga al ministro de un culto que, en el ejercicio de sus funciones de su ministerio, ordena la ejecución de un delito o exhorta a cometerlo. El artículo 1º de la ley de 30 de agosto de 1862 dispone que los sacerdotes de un culto que, abusando de su ministerio, excitaren el odio o desprecio contra las leyes o contra el gobierno, se castiguen con la pena de uno a tres años de prisión. Otras diversas disposiciones, que también están vigentes y que sería inútil citar aquí, tienen la más cabal aplicación a todos estos casos de rebelión que el clero está diariamente cometiendo contra todas las Leyes de Reforma, y muy especialmente contra la del Registro Civil.

Cree el gobierno que la aplicación rigurosa y eficaz de esas leyes, según los casos que se presenten, bastará a obligar a los clérigos aun

recalcitrantes al respeto y obediencia de la ley, y esto guardando la autoridad civil todos los fueros que el principio de la independencia entre la Iglesia y el Estado merece. Como el artículo 23 de la ley de 12 de julio citado, determina que, según que el gobierno califique la gravedad de la falta, los culpables serán, o expulsados de la República, o consignados a la autoridad judicial; para que esa disposición tenga cumplimiento, se hace necesario que usted, en los casos de que ella se ocupa, dé cuenta al Supremo Gobierno, informándole lo conveniente para que éste pueda resolver lo que se deba hacer. En todos los demás casos que no caen bajo el dominio de ese artículo, sino que están previstos en otras leyes, usted se servirá cuidar de que éstas sean eficazmente observadas. De esta manera, la hostilidad que se hace contra la ley de Registro Civil, y en general contra todas las de Reforma, se mirará, como debe ser, como un delito, y su castigo impedirá que en lo sucesivo se repita siendo los escándalos que tan frecuentes están siendo en estos días.

Por acuerdo del ciudadano Presidente, encargo a usted que en la comprensión del Estado de su mando se cuide del eficaz cumplimiento de estas prevenciones, que a la vez que respetan la independencia del Estado y la Iglesia no toleran la impunidad de los delitos que el clero sigue cometiendo, sirviendo ellas de todas maneras para asegurar la puntual observancia de las Leyes de Reforma.

Independencia, Constitución y Reforma. México, julio 20 de 1868.

*(Ignacio L.) Vallarta*



## ABSURDAS FANTASÍAS DE UN FRAILE FRANCISCANO

(Tolosa, julio de 1868)

(Señor redactor de *Crónica Religiosa*)

Señor redactor:

Tenemos la honra de poseer en nuestro establecimiento al reverendo padre Isaac Antonio Chavarría de la orden de los franciscanos y Limosnero de S. M. el Emperador Maximiliano. Este religioso, que asistió a este infortunado príncipe hasta sus últimos momentos, nos ha comunicado pormenores que, estamos seguros, serán leídos con interés por vuestros suscriptores.

El reverendo padre Chavarría ha sido víctima de su adhesión a esta infortunada familia; no se puede tener idea de las penas y tormentos que le hicieron sufrir por su amor al soberano de México.

Fue encerrado en la misma prisión en donde se hallaban detenidos Maximiliano y sus dos generales Mejía y Miramón. Después de haber oído la confesión de los tres, el padre Chavarría acompañó a Maximiliano y a sus dos ilustres víctimas<sup>6</sup> hasta el lugar del suplicio. Cuando llegó el momento fatal, el Emperador tomó un crucifijo de madera entre las manos, lo consideró largo tiempo con un amor mezclado de tristeza y pronunció estas palabras tristemente célebres y que revelan una grandeza de alma, una firmeza de carácter poco comunes: "¡Soldados, apuntad derecho al corazón!" y cayó. El padre Chavarría tomó el crucifijo y lo llevó consigo.

Por un favor muy especial nos fue concedido ver y besar con respeto esta cruz que ya es una verdadera reliquia y en la que todavía se

---

<sup>6</sup> Se refiere a sus dos compañeros de fusilamiento, probablemente es un error de traducción.

ven las manchas de sangre de la noble y grande víctima.

Después de la ejecución, Juárez, cuyo nombre despierta en Francia un sentimiento de repulsión mal extinguido, mandó poner al padre Chavarría en un calabozo, porque odiaba todo lo que podía recordarle su crimen. Este venerable religioso permaneció preso ocho meses. Dios solo y él saben lo que padeció en la prisión. Al cabo de este tiempo los remordimientos y el arrepentimiento penetraron en el corazón del feroz enemigo de Maximiliano, mandó abrir todas las prisiones y el reverendo padre Chavarría fue puesto en libertad.

No escuchando más que su amor a las almas, en vez de huir de aquella tierra ingrata, fue a ver a Juárez a su palacio, lo persiguió para salvar su alma y lo logró.

"El 17 de abril —según las notas que él mismo nos ha dejado— me postré —dice el padre— a los pies de Juárez, le pedí el perdón de los obispos que después de largo tiempo había él desterrado y me lo concedió. Desde este momento no desesperé de él; al cabo de algunos días, Juárez vino a postrarse a mis pies y me confesó todas sus culpas". De esto resulta que el venerable padre Chavarría ha visto postrado a sus pies al asesino y a la víctima.

Juárez hizo más, encargó a su confesor que fuese en nombre suyo a pedir perdón de sus pecados al Papa. Sólo, pues, después de haber practicado durante veinticuatro años un apostolado en México, su país natal, y haber convertido allí 40 mil almas, 18 mil de ellas protestantes, el venerable apóstol franciscano ha dejado su Patria para llenar su misión. No es posible formarse una idea de las fatigas y las privaciones que ha tenido que sufrir. Se ha visto obligado, por falta de dinero, a hacer su viaje a pie, desde Nantes hasta Burdeos.

Debemos a una circunstancia enteramente casual tener a este padre con nosotros. Uno de nuestros hermanos, que había venido con él en el camino de fierro, le invitó para que viniera a visitar nuestro establecimiento. Aceptó la proposición y pasó con nosotros todo el día 1º de julio. El reverendo padre Antonio Chavarría es poseedor de multitud de cartas de Maximiliano y de la emperatriz Carlota. Una de las cartas de Maximiliano es dirigida a su primo Francisco II, rey de Nápoles, otra al

emperador Francisco José, hermano suyo. Posee también una medalla del emperador de México, y el portaplumas con que se firmó su sentencia de muerte.

*A. Carcuac y A. Monar*

## CORRECTA POSICIÓN DEL GOBIERNO RESPECTO A LAS RELACIONES EXTERIORES

La República, desde su triunfo sobre la usurpación extranjera, se ha encontrado privada de todo género de relaciones diplomáticas con las potencias europeas. De tal situación no ha resultado ningún mal al país, ni a los extranjeros que residen en él. El gobierno se ha encontrado libre de la presión que siempre han pretendido ejercer las legaciones de Europa, y los extranjeros han sido amparados y protegidos por las leyes y autoridades mexicanas, notándose que ha disminuido la insolencia de aquellas pretensiones que tenía por objeto crearse una situación superior a la de los hijos del país y reclamar indemnizaciones por pérdidas que tenían origen en casos fortuitos.

Si han cesado las relaciones diplomáticas, es decir, las relaciones de gobierno a gobierno por medio de legaciones, no se han interrumpido las relaciones de pueblo a pueblo, que consisten en la navegación y en el comercio. México ha declarado, por el órgano de sus supremas autoridades, que considera rotos los tratados que lo ligaban con todas las potencias que reconocieron el llamado Imperio, pero ha declarado también que sus leyes protegen a todos los extranjeros, y que sus puertos están abiertos al comercio del mundo entero. Esta conducta digna, prudente y moderada ha dado buenos resultados. Verdad es que en Europa se siguen propagando calumnias contra nuestra patria, pero verdad es también que nuestros más encarnizados enemigos se ven obligados a reconocer que el gobierno hace laudables esfuerzos por establecer un orden regular, que la República, en la hora del triunfo, ha sido generosa y magnánima con sus enemigos, y que los extranjeros, sin excepción de los franceses, disfrutan de garantías y de seguridad.

Ningún daño, pues, ha causado a nadie la interrupción de las relaciones diplomáticas entre México y las potencias europeas, y los

hechos han venido a demostrar que esas relaciones no son indispensables, ni para el desarrollo del comercio, ni para el cambio de ideas entre los pueblos, ni para los intereses de los extranjeros que residen en México, y que a toda hora pueden acudir, lo mismo que los mexicanos, a los tribunales y a las demás autoridades. Sin necesidad de Legaciones, se ha estado pagando una parte de la deuda extranjera y se han arreglado equitativamente entre el gobierno y los reclamantes, algunos asuntos que tal vez por la vía diplomática hubieran sido origen de mil dificultades y embrollos.

Tal estado de cosas, ha hecho sin duda que la opinión pública en México haya visto con absoluta indiferencia a las noticias que han solido venir sobre la disposición en que están varios gobiernos europeos para reanudar sus relaciones diplomáticas con el de la República. La historia de estas relaciones hace comprender que de ellas no hemos de derivar ninguna ventaja, ningún beneficio positivo, y que bien pueden ser origen de nuevos conflictos y de serias dificultades.

Esto hace desear generalmente que se prolongue la situación actual, a pesar de sus inconvenientes y sus irregularidades, como que no es de paz ni de guerra y da motivo a incidentes tan desagradables como el del paquete *Danube* en Veracruz y el de la fragata *Chanticleer* en Mazatlán.

De que exista este deseo, no se infiere en manera alguna que México sea un país de ideas chinas o japonesas, que profese odios a los extranjeros, que quiera aislarse para entregarse a su propia suerte, y segregarse de todo contacto con los pueblos civilizados. Nada de eso; México, al ver con repugnancia y desconfianza las relaciones diplomáticas con Europa, porque le fueron dañosas y perjudiciales, anhela relaciones directas de pueblo a pueblo, y ofrece al extranjero los mismos bienes que puede proporcionar a sus hijos a trueque sólo de que tengan las mismas obligaciones.

Las Repúblicas hispanoamericanas, al conquistar su independencia por su propio esfuerzo, incurrieron en el error de creer que necesitaban, para existir, del reconocimiento de las grandes potencias, como si estas grandes potencias no tuvieran por línea de conducta inclinarse ante los

hechos consumados. Nada significa tal reconocimiento ni hay para qué implorarlo, cuando ha de ser siempre la consecuencia precisa del mantenimiento de cualquiera nacionalidad. La República Mexicana, en su feliz restauración, no ha reincidido en el error de sus primeros años, y estamos viendo que el gobierno republicano, ni para existir, ni para ejercer sus funciones, ni para pacificar, ni para reorganizar al país, necesita para nada de las relaciones diplomáticas con Europa.

Los extranjeros que residen entre nosotros han de convenir, si son sinceros, en que ninguna falta les hace la protección de sus Legaciones que antes los exponía a graves inconvenientes. Si éstas eran un constante embarazo y una dificultad de todos los días para nuestro gobierno, no eran un amparo para los extranjeros ni promovían jamás la mejora de sus intereses, ni nada en favor de la causa del progreso y de la civilización sino que al contrario, faltando a la neutralidad y al derecho de gentes, se aliaban casi siempre con la facción retrógrada y con los que por sistema son hostiles a los extranjeros. Ha sobrado razón al diputado francés Julio Favre para decir, en pleno cuerpo legislativo, que los bonos de Jecker fueron la causa única de la Intervención francesa con todas sus consecuencias. Reclamaciones particulares, negocios de agio, pretensiones injustas, indemnizaciones infundadas, corretajes excesivos, he aquí cuáles han sido los negocios de que se han ocupado las legaciones europeas. Y lo repetimos, nada han promovido, ni en favor de sus nacionales en general, ni de la causa de la civilización. Verdad es que los gobiernos de Europa no han procedido de distinta manera; cuando el gobierno del Sr. Juráez inició elevar la libertad de cultos decretada por las Leyes de Reforma al rango de estipulaciones internacionales, dándole cabida en los tratados, los gobiernos de Europa, que tanto alarde hacen de liberalismo, ni siquiera contestaron a esta notable iniciativa de la República Mexicana de poner en el mundo entero la libertad de conciencia bajo la garantía protectora del derecho de gentes.

Que México está en su derecho para dar por rotos los tratados con las potencias que reconocieron a Maximiliano, es punto incontestable, puesto que esas potencias, tratando con un usurpador, fueron las que faltaron a todos sus compromisos con la nación mexicana. Este punto es

todavía más indudable respecto de Inglaterra y de España que tantas protestas hicieron al firmar la convención de Londres de que no era su ánimo intervenir en los negocios de México ni cambiar sus instituciones.

La decorosa resolución de la República de tener por rotos los tratados, mientras las potencias europeas no soliciten entrar en nuevas relaciones bajo bases equitativas, se comprende muy bien que debe haber herido en lo más vivo la susceptibilidad de las cancillerías extranjeras y que en ellas ha de haber vacilaciones en la conducta que han de observar respecto de nuestro país. Algunos gobiernos han de cuidar, sobre todo, de no disgustar al hombre de las Tullerías y algo de esto se descubre en lo que ha pasado en la Corte de Florencia, donde aún predomina la influencia francesa.

Por nuestra parte, persistimos en la opinión de que nada, absolutamente nada debemos hacer para apresurar el restablecimiento de nuestras relaciones diplomáticas con la Europa, de que nuestra actitud debe ser de mera expectativa y de que al celebrar nuevos tratados debemos ser excesivamente cautos, desechar la antigua cláusula de la mentida reciprocidad, y establecer que los extranjeros en México han de tener los mismos derechos y las mismas obligaciones que los mexicanos.

Esto no obsta para que al mismo tiempo demos las mayores franquicias al comercio de importación, para que reformemos liberalmente nuestros aranceles, para que hagamos punto de honor nacional la hospitalidad y de la protección a todos los extranjeros y para que nos empeñemos, en fin, en atraer a nuestro suelo la población inteligente y laboriosa de que tanto necesitamos para cimentar la paz y consolidar las instituciones.

Esto no obsta tampoco para que México estreche y cultive sus buenas relaciones con los Estados Unidos, en lo cual no hay el menor peligro, ni para nuestra nacionalidad, ni para la integridad de nuestro territorio. Al propio tiempo, México puede y debe promover la alianza de todas las repúblicas americanas en contra de todo proyecto de reconquista, de invasión, de intervención por parte de la Europa.

Hemos creído conveniente entrar en estas consideraciones, ahora que vuelve a estar a la orden del día la cuestión del restablecimiento de

las relaciones diplomáticas, por repetirse la noticia de que los gobiernos de Italia y de la Alemania del Norte han resuelto enviar legaciones a México, y de que los tenedores de bonos ingleses tratarán directamente con nuestro gobierno, sin solicitar el amparo diplomático del gobierno británico.

Como se ve, en estas noticias no se trata de las potencias que tienen responsabilidad en la obra de la Intervención, es decir, de España y de Inglaterra, y han de haber muchas menos dificultades para tratar con el reino de Italia y, sobre todo, con la confederación germánica, que es una nueva entidad política, venida al mundo después de la caída de Maximiliano, y que por lo mismo no reconoció al llamado Imperio. Sin embargo, con Italia y con Alemania aconsejaríamos las mismas precauciones que con cualquiera otra potencia.

No es de este momento disertar sobre las ventajas de estrechar relaciones con los pueblos germánicos, ni de examinar la situación europea respecto de los Estados Unidos para escoger nuestros amigos en el viejo continente. Tarea es ésta que emprenderemos cuando la creamos oportuna pero desde ahora debemos declarar que nos parece la más extraña y peregrina de las ilusiones la idea de ir en pos de alianzas europeas para precavernos de peligros más o menos remotos del lado de los Estados Unidos. Lo que sucedió en la guerra de Texas nos parece que da bastante luz en este respecto. En nuestro sentir, la fuerza de México, como nación independiente, ha de derivarse, no de alianzas con el extranjero, sino de sus propias instituciones políticas y de sus progresos materiales.

Las últimas noticias que ha transmitido el telégrafo y que publicamos antes de ayer, nos parecen muy satisfactorias.

Lord Stanley declara que para reanudar las relaciones diplomáticas con México, es preciso que la República tome la iniciativa. Sea enhorabuena: Mucho debemos abstenernos de dar semejante paso.

El gobierno francés señala cuatro millones de francos para el pago de los bonos llamados franco mexicanos después de escandalosas revelaciones hechas en el cuerpo legislativo. Sea también enhorabuena.



Celebremos esta vez que la Francia sea bastante rica para pagar sus glorias... las glorias de la Intervención y del negocio Jecker.

*Francisco Zarco*

INGLATERRA NO RESTABLECERÁ LAS RELACIONES  
DIPLOMÁTICAS SI MÉXICO NO DA EL PRIMER PASO

París, julio 30 de 1868

Excmo. Sr. Presidente de la República  
Mexicana, don Benito Juárez  
México

Excmo. Señor:

Recibí la muy apreciable de V. E., 8 de mayo último y me he enterado de su contenido, esperando que las circunstancias políticas permitirán reanudar las relaciones entre México y las naciones europeas.

Es digno de llamar la atención el vivo deseo que tiene el comercio inglés de continuar las relaciones diplomáticas con la República, mas los gobiernos, bajo el pretexto de resguardar su dignidad, sacrifican sus más caros intereses.

Por segunda vez contestó antes de ayer en el Parlamento Lord Stanley: "...Si (las aperturas son hechas por la República de México para volver a tomar las relaciones diplomáticas, no habrá obstáculos de nuestra parte; pero no es de la dignidad de la Inglaterra el buscar ella misma a renovar esas relaciones... y digo yo, ¿quién debe principiar a dar los pasos consiguientes?..."

En este Cuerpo Legislativo hubo el 24 y 25 del actual dos sesiones muy agitadas, tocante a los empréstitos hechos por los agentes de Maximiliano de Austria y, aunque el gobierno francés no haya considerádose responsable hacia los suscriptores franceses, la Cámara, sin embargo, ha votado a su favor 4.000,000 de renta, o sea 61.000, 000 de francos de capital para indemnizarlas, en lo posible, de sus pérdidas.

De dichas discusiones resulta también la declaración oficial que la comisión de indemnizaciones mexicanas terminó sus trabajos y no es demás advertir a V. E. que oficialmente me pidió informes sobre algunos de dichos reclamos de súbditos franceses, como había sucedido ya en 1840, relativamente a los participantes de la cantidad de \$600,000 entregados en 1839, en virtud del tratado con el almirante Sandín.

No creo del todo inútil tampoco poner en conocimiento del gobierno de V. E., que a fuerza de instancias y aunque durante esta última guerra conseguí se devolviera el valor de dos buques mexicanos apresados cerca de Veracruz y Tampico, por la escuadra francesa, cuyas presas habían sido confirmadas por este consejo de Estado.

El primero es el bergantín *Dalcar*, para cuyo propietario, el Sr. don Antonio Gutiérrez Victory, le obtuve 20,660.25 francos y el segundo, el pailebot *Vesulita*, perteneciente al capitán don Florencio Zamudio, quien recibió 37,775.13 francos tanto por el importe del buque como de la parte de su cargamento de una suma de 16 896 francos, abonada por este ministerio de la Guerra por el valor de 422 toneladas, 40 libras de maíz.

Congratulo a V. E. por haberse concluido las cuestiones locales de Sinaloa, Guerrero y Yucatán y deseando se mantenga la tranquilidad en toda la extensión del territorio mexicano, me repito de V. E. muy obediente, seguro servidor q. b. s. m.

*Armand Montluc*

Nota de Juárez:

Le da las gracias por las noticias que le comunica; que seguimos bien y que espera noticias de la revolución de España.

MANUEL Y ANGELA MARTÍNEZ  
IMPLORAN CLEMENCIA PARA EL DR. MARTÍNEZ DEL RÍO

Agosto 6 1868

Imploran la clemencia del ciudadano Presidente suplicándole alce el destierro al Dr. Martínez del Río, padre de los suplicantes

Ciudadano Presidente:

Manuel y Ángela Martínez del Río, mexicanos por nacimiento, hijos del ciudadano de Colombia Dr. José Pablo Martínez del Río, residente en París, respetuosamente exponemos: que nuestro padre residió en la República desde el año de 1836 hasta el de 1859 en que con el objeto de proporcionarnos una educación esmerada, pasó a Europa con su familia. Mientras vivió en México, ya en el ejercicio de su profesión de médico, ya como particular, sirvió al Estado y a los mexicanos en cuanto estuvo a su alcance, asistiendo gratis a los pobres, costeando las medicinas de algunos y expensando la curación de varios.

Llamado a servir la cátedra de obstetricia en la Escuela de Medicina, cuando por falta de fondos el servicio en el establecimiento era gratuito, desempeñó su encargo con celo y constancia y contribuyó a formar la reputación de que justamente goza la Escuela.

El Supremo Gobierno le nombró director de la industria nacional. Se prestó a servir este laborioso empleo, en el que permaneció hasta que variada la Legislación sobre este ramo, se suprimió la plaza. Firme en su propósito de servir a los mexicanos y a sus gobiernos, sin examinar los títulos de éstos, pues como extranjero no debía tomar parte en las discusiones sobre la política interior. En Europa continuó haciendo lo que había hecho en México, como pueden certificarlo muchos mexicanos que

a él ocurrieron.

Sin que él pretendiera el gobierno que en 1864 se había instalado en esta capital, le nombró su plenipotenciario sólo para instruir el sultán y al rey de Grecia del cambio de sistema y del advenimiento del que se llamó emperador Maximiliano; a la distancia en que se hallaba, pues entonces residía en Milán, sin comunicaciones políticas con México, sin noticia de la resistencia del pueblo mexicano al que había visto sufrir dictaduras militares, sin conocimiento de las leyes penales preventivas del cambio que aquí se tenía, creyó que la aceptación del encargo que se le cometía, era un acto consiguiente a su conducta observada desde que vino a México; desempeñó su comisión y volvió a la ciudad de su residencia, sin mezclarse en la política mexicana.

Su influencia en el establecimiento de la monarquía fue ninguna, el pequeño servicio que le prestó fue sólo una cortesía hecha a príncipes que no podían prolongar ni por un instante la existencia del imperio. Si lo que se castiga en ocupados por el gobierno de Maximiliano de Austria es la parte que tomaron en el trastorno de la República, no habiendo tenido alguna nuestro buen padre, sino sólo una mínima en la notificación del cambio, parece que es acreedor a la lenidad con que han sido tratados aún los que, dándose por órganos del pueblo mexicano, lo iniciaron.

La magnanimidad del gobierno que usted dignamente preside se ha limitado a privar a estos de ciertos derechos políticos, pero a los ausentes no ha impedido volver al país.

La continuación del destierro del Dr. Martínez del Río, nuestro padre en *cuyo nombre hablamos*,<sup>7</sup> es una pena durísima no sólo para él, sino para una inocente familia mexicana, reducida a la orfandad por la forzosa ausencia de su jefe, cuya paternal asistencia más que a nosotros jóvenes, es necesaria a dos hermanos nuestros que están en la infancia.

Confiados en los filantrópicos sentimientos de usted, ocurrimos a su justificación suplicándole que, habiendo por compurgada la falta de nuestro padre con el destierro que ha sufrido, se digne alzárselo y restituírnoslo para que cese nuestra angustia con la situación que él

---

<sup>7</sup> Subrayado en el manuscrito.

guarda, y podamos gozar de la ventura doméstica, que deberemos a la generosidad de usted, cuya clemencia imploramos.

M. V. Martínez del Río

A Martínez del Río

(Nota autógrafa de Juárez):

Que el interesado haga la solicitud por sí mismo y se resolverá.

ANEXO:

Ciudadano Presidente:

El 6 de agosto de 1868 tuve el honor de presentar el siguiente ocuro:

Gregorio J. Martínez del Río por mi hermano el Dr. don Pablo Martínez del Río, ciudadano de los Estados Unidos de Colombia, ante usted, respetuosamente, expongo que mi referido hermano, residente hoy en París, trata de volver a la República en donde ha residido más de 30 años y en donde se halla parte de su familia y algunos intereses de su propiedad. Mas como en la época de la intervención francesa desempeñaba una comisión diplomática en nombre y por encargo de Maximiliano, creería faltar a sus deberes para con el gobierno de la nación que en otra vez le ha dado hospitalidad, entrando en ella sin obtener del Supremo Gobierno el permiso después de dar explicaciones satisfactorias de su conducta.

El Dr. Martínez del Río, se hallaba hacía cinco años en Milán, extraño completamente a los acontecimientos políticos de México, cuando en 1864 Maximiliano le comisionó que notificase al rey de Grecia y al sultán de Turquía su advenimiento a lo que se llamó trono de México. No pudiendo mi hermano negarse, aceptó esta comisión, como un verdadero compromiso y la desempeñó con harta repugnancia de su

parte por su carácter ajeno siempre a mezclarse en la política, comprobado con su conducta posterior y efectivamente una vez llenada tan sencilla comisión, regresó a Milán en donde permaneció durante toda la administración de Maximiliano, sin ocuparse para nada de los asuntos de México, ni mezclarse en lo más mínimo en su política.

Tal fue la conducta de mi hermano y como consecuencia de ella no es acreedor a ninguna de las penas que las leyes de la República imponen a los extranjeros que sirvieron a la intervención y al imperio. Por lo demás, la última ley vigente sobre la materia autorizó a los extranjeros que sirvieron en el ejército para que pudieran permanecer en el país con sólo la protesta de vivir pacíficamente. Mi hermano, que no sirvió en el ejército, que no contribuyó ni al establecimiento del imperio, ni a su conservación y que es notorio ha vivido en el país en otra época ejerciendo su honrosa profesión, tiene derecho a pedir la protección que esa ley otorga a los que contribuyeron de un modo eficaz a los males de la República.

En esa virtud me atrevo a impetrar de usted ciudadano Presidente, el permiso que solicita mi repetido hermano para vivir pacíficamente en la República. En ello recibiré gracia y merced.

México, agosto 6 de 1868.

*G. J. Martínez del Río*

LA SITUACIÓN ENTRE FRANCIA Y PRUSIA  
SE VUELVE CADA DÍA MAS TENSA

París, agosto 15 de 1868

Sr. Presidente Lic. don Benito Juárez  
México

Mi muy respetado señor y amigo:

No tengo ninguna noticia que comunicar a usted por este paquete, respecto de la política europea. Durante los meses de agosto y septiembre todo está en suspenso por aquí: los monarcas y sus ministros viajan o se retiran al campo, los parlamentos cierran sus sesiones y todos los poderes entran en receso *Deus illis hoc otia fecit*, y la rutina prevalece.

No obstante esta paralización general hay negros nubarrones en el horizonte y se notan todos los síntomas precursores de una guerra próxima entre Francia y Prusia: las dos naciones están preparadas para una lucha inevitable y que será terrible si no estalla antes del invierno — como no es probable—, quedará aplazada para la próxima primavera, pues, como usted sabe, aquí la guerra depende de las estaciones.

En Francia el descontento es universal. Se temió una manifestación popular para hoy —santo de Napoleón—, pero el gobierno ha tomado muchas precauciones, la policía ejerce mucha vigilancia, las tropas están acuarteladas, las patrullas recorren los barrios de los operarios y ha habido muchas prisiones, sobre todo entre los estudiantes que de algún tiempo acá se muestran bastante exaltados.

Tengo que felicitar a usted por un acontecimiento que redunde en favor del tesoro nacional. Recordará usted, señor Presidente, que Maximiliano se comprometió a pagar los créditos que ciertos ciudadanos



franceses tenían contra México. Se debía aportar una suma sobre los empréstitos para pagarles y se llegaron a reunir, con este objeto, unos 6.000,000 de francos. En México se nombró una comisión mixta que liquidó las cuentas de los reclamantes, las que se hicieron ascender a 61.000,000 de francos que, por la convención Dano —Arroyo—, quedarán reducidos a 40.000,000, mas, el gobierno francés instituyó en París otra comisión exclusivamente francesa i que revisó los actos de la de México y ha concluido hace pocos días) sus trabajos, resulta que dicho gobierno se hace cargo de la deuda a favor de esos reclamantes y va a distribuirles los 6.000,000 que tiene en depósito. De esta manera, queda a cubierto el gobierno mexicano de toda responsabilidad ulterior respecto de esos individuos y extinguida absolutamente la deuda francesa, pues sean cuales fueren las condiciones que presidan en lo futuro a la renovación de las relaciones diplomáticas —si es que esto llega a suceder algún día—, como mérito nunca podrá reconocer nada a la Francia como nación, tampoco tendrá que reconocer nada a los ciudadanos franceses que ahora reciban algo por cuenta de sus créditos. Ninguna guerra habrá pesado jamás sobre la hacienda francesa como la que se emprendió tan inicuaamente contra México.

Encargo a mi señora imponga a usted de mi situación penosísima aquí y apela, señor Presidente, a toda su benevolencia su siempre muy adicto servidor y amigo que atento b. s. m.

*A. Bablot*